

CAPÍTULO 1

Era noche cerrada, una despacible noche del mes de noviembre. Estaba sentada en el lugar preferido de mi pequeña casita, delante de una enorme mesa de madera que presidía la cocina. Era habitual que dejara clavados en ella mis codos largos minutos e incluso largas horas. Con la vista proyectada en la única pared que se avistaba desde mi puesto, dejaba que se desbocasen mis pensamientos.

El sonido de la lluvia me llegaba a través de una ventana preciosa que estaba justo detrás de mí, el sonido era el del agua contra el campo y una enorme plantación de hortensias que, por aquellas fechas, no conservaban a penas ningún esplendor. También escuchaba, acompasando la sinfonía, una gotera bastante molesta que nació y permaneció para siempre conmigo, en el canalón del tejado, justo encima de mi ventana querida.

El viento sonaba poderoso y me hacía agradecer el calorito que lograba conseguir en mi pequeño templo con un simple radiador eléctrico y un viejo deshumidificador que componían un equipo perfecto.

Llevaba largo rato allí sentada en medio de aquella oleada de sonidos y sensaciones, a pesar de ello, me aislaba en el más estricto de los silencios, mi interior estaba en silencio,

mis pensamientos también eran silenciosos. Tenía una necesidad imperiosa de coger el teléfono móvil y hacer una llamada. Deliberaba entre hacerla o contenerme, quería saber dónde estaría ella en una noche como aquella. La duda, la pena y el miedo saltaban de un lado a otro dentro de mi mente, pero cada vez sentía de una forma más clara que necesitaba llamarla. Tenía la intención de poder adivinar a través de algún sonido en qué condiciones se encontraba, no quería hablar con ella, no iba a soltar por la boca ni una sola palabra, solo quería escuchar.

Cogí el teléfono, por fin, y oculté el número para que ella no pudiese identificarme. Sonó durante un espacio breve de tiempo y descolgó.

— Diga.

Para ella no hubo respuesta y continuó varias veces insistiendo en la misma petición.

— Diga... Dígame... Dígame... ¿Sí? ¿Quién es?

Yo permanecía en un silencio riguroso a la espera de poder percibir algo más que su voz, intentando descifrar qué sucedía al otro lado del aparato.

Su forma de hablar era algo temblorosa, podría corresponder a alguien que estuviese sufriendo una leve tiritona, me venía a la mente la imagen de ella recogida en sí misma hablando con los hombros pegados a su cuello. Pude adivinar al momento el sonido de la calle, percibí algún coche aislado que rodaba sobre mojado. Sí, estaba en la calle, escuché algún que otro coche más, serían en torno a las doce de la noche. Yo permanecía en silencio.

Muy lejos de colgar, dado que nadie le respondía, comenzó a hablar.

— Oye, no sé quién eres ni para qué me llamas, pero no me importa, al menos puedo hablar con alguien. ¿Sabes? — continuó —, hace un frío horrible, estoy en medio de la calle a ver

si alguien en coche me para y me acerca al pueblo. ¿No me vas a decir quién eres?

Hizo una pequeña y nueva intentona por si sus primeras palabras habían animado a su desconocido interlocutor a desvelar su identidad.

Fue en vano y continuó hablando.

—Pues nada, no me lo digas. Seguro que tú estás mejor que yo, si al menos no lloviera, esta humedad se me mete en los huesos, seguro que estás en tu casa calentito, o calentita, ¿no me vas a decir al menos si eres hombre o mujer? —volvió a preguntar.

Casi al mismo tiempo de su última palabra, lanzó una voz de auxilio que intuí dirigida a algún conductor que circulaba cerca de ella. Debió serle efectivo porque acto seguido, abandonando su monólogo telefónico por un momento, escuché perfectamente cómo pedía a alguien que la llevara en su coche al lugar que tenía en mente. Continuó hablándome.

—Bueno, ya está, al menos me acaban de recoger en coche. Voy al pueblo, luego no sé qué haré.

Su voz, de pronto, se tornó aliviada. El leve jadeo que había acompañado a sus palabras hasta ese momento, provocado por el severo frío de la noche, desapareció.

—Te tengo que dejar ya —dijo, intentando concluir aquella llamada—. Seas quien seas, gracias por haberme escuchado. Voy a colgar. Adiós.

Yo tenía el corazón en un puño, estaba sobrecogida, mi imaginación había volado hacia ella a través de sus palabras y pude visualizar una escena penosa, sin duda una escena que me dolía en lo más hondo. El único consuelo que encontré tras la llamada es que había conseguido saber algo que resultó ser mejor de lo que esperaba, Martina estaba serena. Hablaba en perfectas condiciones, pero también había descubierto que estaba en la calle, como siempre, en la soledad más

absoluta, desamparada, dando los mismos tumbos que daría cualquier perrillo abandonado en medio de un mundo extrañamente duro. Me preguntaba cómo sería posible que un ser tan excepcional fuese incapaz de desenredar de sí mismo la terrible red que lo envolvía, habiéndolo intentado con uñas y dientes toda su fatal vida. Me preguntaba qué le queda al ser humano cuando la voluntad desaparece y si es recuperable. En verdad, lo que yo intentaba entender era cómo una mujer tan castigada desde su infancia tenía una capacidad tan increíblemente grande para sobrevivir, de dónde sacaba las fuerzas y cuál era el poderoso fenómeno que hacía que tirara por el retrete uno a uno y repetidamente todos sus logros.

Estuve hasta altas horas pensando en ella. Algo permanecía muy claro en mí, no iba a volver a estar a su lado, me dolía mucho aquella decisión pero era irrevocable. Había una cosa que ambas sabíamos, yo me encargué de repetírsela muchas veces, era la única condición que me empeñé en remarcar, quise por encima de todo que permaneciera fresca en su mente todos los días.

Me fui a dormir. Extrañamente, no me costó conciliar el sueño. Mi perrita Tula siempre se colocaba a los pies de mi cama. Era una enorme hembra de pastor vasco, de pelaje claro y largo. También estaba Gus, el enano de la casa, un yorkshire de dos kilos y medio; él siempre subía sobre mi cama y buscaba el hueco de mis piernas dobladas para hacerse una pequeña roquilla y no moverse en toda la noche. Me reconfortaba sentirlos cerca, especialmente cuando mis emociones se alborotaban en alguna parte de mi ser, siempre era efectiva la cercanía de ambos.

Por la mañana, mientras mis perritos y yo desayunábamos juntos, aún me venía Martina a la cabeza, aparecía en mí una sensación de lástima que me angustiaba. También me comía

la impotencia, una terrible y cruel impotencia, sabía que ya no disponía de ningún arma efectiva para ayudarla, ya no tenía fe, ya no había proyecto, ya no había camino. El camino se había convertido en un abismo sin fondo del que yo debía escapar sin remedio y, lo peor de todo, sin ella. Tuve que hacer un pequeño esfuerzo mental para apartar pensamientos y sentimientos como esos que me atormentaban, tenía que aprender muy bien a dominar el ejercicio del escape, porque iba a verme en más de una ocasión asaltada por ellos. No había vuelta atrás. Busqué la cara de Tula, ella siempre enfocaba su vista hacia mí, sus enormes ojos color miel aguardaban, casi por norma, mi mirada. Me parecía que ella era capaz de ver todo lo que me ocurría por dentro, la alegría o la pena que yo pudiera sentir estaba siempre impresa en sus ojos pintados. Tenía una curiosa raya negra en sus dos párpados inferiores que hacían su expresión aún más intensa, una vez más me sentí agasajada. La besé.